



EDITORIAL

El mundo de hoy pide a la vida religiosa...

En la casa de la vida religiosa estamos de limpieza general. Estorban los trastos inservibles. Nos hemos hecho demasiado amigos de costumbres, rutinas, institucionalizaciones que se nos pegan a la piel. En corazones y comunidades hay accesorios que distraen, y que sería mejor tener el coraje de botarlos a la basura. Porque en las distracciones se va diluyendo lo fundamental. Eso nos lleva a sentir que hoy existe un molde de vida consagrada que ya no genera vida. De hecho nos codeamos con comunidades mortalmente heridas por la rutina, la comodidad, el desencanto, el individualismo, la tristeza. Hasta nos sentimos embargados por una situación de tedio que pudiera dibujarse en el panorama de la vida consagrada.

Todo se pierde cuando se pierde lo fundamental. También los religiosos y religiosas somos capaces de sustituir la experiencia del Espíritu por sus derivados: el encuentro personal con el Dios vivo puede ser sustituido por el deseo piadoso de la omnipotencia protectora; la vivencia del compromiso con el pobre la podemos vivir como una causa socialmente valorada; el amor, como buena voluntad de convivencia sin conflictos; la fe, como un horizonte trascendente de sentido; la esperanza, como optimismo responsable. Así caemos en el pecado de la mediocridad, propio de quien ha renunciado a vivir a fondo. Nos limitamos a responder a lo que la gente espera de nosotros en el plano del quehacer.

Al vivir en un mundo convulsionado por cambios rápidos y profundos, necesitamos observatorios que ayuden a discernir con mayor celeridad, para distinguir por donde van hoy las demandas evangélicas que encar-

nan nuestros interlocutores en la sociedad. La vida religiosa necesita mentes ágiles y flexibles, libres de dogmas y de fijaciones emotivas, capaces de captar el sentido y orientación del propio estilo de vida. Este número de TESTIMONIO nos ayuda a no caer en la tentación de infravalorar la luz de los pensadores y reemplazarla por la sutil superioridad de los hombres prácticos.

Nuestro proyecto de vida no es mera repetición del pasado, sino que quiere mostrarse como signo de potencia evangélica en el momento en que nos toca vivir. No estamos para repetir, sino para recrear, porque los tiempos en que vivimos los afrontamos no desde la nostalgia, sino desde la escucha al Espíritu, que nos lanza siempre de nuevo a responder a las nuevas necesidades de los seres humanos de hoy. Nuestras comunidades tienen el desafío de convertirse en observatorios de discernimiento a la escucha del Espíritu –también nos habla en la realidad del mundo de hoy–, porque queremos abrirnos al presente y al futuro por construir. Las religiosas y religiosos no tememos el futuro; tememos sí la estrechez de miras, el sentirnos confortables amarrados en nuestros personalismos a seguridades del pasado; tememos los individualismos y frenos que no nos permiten ser capaces de discernir el hoy de la voz del Espíritu en comunidades abiertas al diálogo con la sociedad.

A la hora de posicionarnos como religiosos y religiosas en el mundo actual, si hay algo importante que los hombres y mujeres demandan de nuestro estilo de vida, eso consiste en una enorme dosis de coherencia con nuestra vocación de vida religiosa. El mundo nos pide que seamos lo que somos: religiosos, consagrados. En el ambiente social en que vivimos nos sentimos interpelados a hacer de nuestra vida consagrada que sea más vida y más consagrada cada día. Para ello, tiene que estar atravesada por Dios.

Jesús elige a los suyos primero para una amistad; luego los responsabiliza con una tarea. Espera de ellos fe, no éxito, confianza, entrega, pasión. A sus amigos les confía su secreto, su vida, antes que quehaceres. Estar con él y ser enviados a predicar; estar con él para ser sus testigos. No están con él solo porque tienen que ser instruidos y luego enviados a repetir, sino para entrar en comunión de vida y ser testigos... Eso lleva hoy a la vida religiosa a vivir en el misterio; a vivir haciendo que la propia vida sea para nosotros inexplicable sin Dios. La vida consagrada no está compuesta por un grupo de personas piadosas y honradas, sino por una comunidad de personas que creen en Jesús, esperan en él, lo aman y aceptan como su Señor y Salvador. Y no olvidemos nunca que la fuerza de la cadena está en el eslabón.

La espiritualidad encarnada es la gran tarea del cristianismo del futuro. Nosotros estamos llamados a vivir el misterio de Dios por los caminos seculares del mundo. Es en la mística y la profecía, en el ser lo que somos, donde nos jugamos hoy el ser religiosos. Mística y profecía encarnadas en lo pequeño, lo anodino. Pero solemos lanzar nuestra atención a las alturas de la vida espiritual sin deparar en la sacramentalidad de experiencias cotidianas y naturales. Corremos el riesgo de entender esa vida espiritual como un apéndice artificial impuesto desde fuera y paralelo a la vida humana. Amamos sueños y realidades, como amamos proyectos y diseños. Nos detenemos ante las cosas pequeñas, para descubrir la belleza que contienen. De ahí que como religiosos nos empeñemos no en vender pan, sino en ser levadura; no queremos predicar, sino testimoniar. Ser religioso es ser portador de una cultura de la gratuidad, de la solidaridad, en medio de una sociedad competitiva, interesada y pragmática, hedonista, insolidaria, individualista. Son esas palabras encarnadas, fruto de corazones ardientes, las que narran hoy la Palabra encarnada.

Vida religiosa... Inicia tu éxodo de escucha y propuesta, dialoga, asume riesgos y desbroza caminos con audacia. No te centres en consolidar posturas. Proyéctate más allá de los muros de la historia. Lleva a tus miembros a ser testigos, a ser pastores, más que estrategas. A ser hombres y mujeres que pertenecen a Jesús, y que han aprendido a vivir a fondo, con ojos limpios, corazón ardiente, vida entregada. Lleva a tus integrantes a ser ardiles inasequibles al desaliento, siendo capaces de desencadenar dinamismos creativos también dentro de nubes borrascosas. Si experimentas momentos de crisis, fortalécete en la fe en el Dios de Jesucristo, que no es un leñador que hace leña del árbol caído. Es más bien un viñador que poda para que la viña dé fruto abundante. Pero "si la sal se vuelve insípida, ¿con qué se la salará?" Ya no sirve... (Mt. 5, 13).

